

MÓNICA BLANCO, *Historia de una utopía. Toribio Esquivel Obregón (1864-1946)*, México, El Colegio de México, 2012, 282 pp. ISBN 978-6074623918

Desde las primeras páginas de *Historia de una utopía* se revelan las características de la obra: se trata de un trabajo bien escrito e impecablemente bien documentado. Mónica Blanco nos muestra su madurez como investigadora pues hila los hallazgos en los archivos con una narrativa histórica que da sentido a la biografía de Toribio Esquivel Obregón. Su cuidadosa lectura del personaje le permite adentrarse en las vicisitudes de la vida pública del guanajuatense sin caer en la escritura panegírica y al mismo tiempo logra corregir los descalificativos injustificados existentes en las fuentes y en una parte de la historiografía. Se trata pues de un libro de excelente manufactura que de manera significativa contribuye al conocimiento de la vida política, económica y social que transcurre entre el porfiriato y la posrevolución. Debe agregarse, además, que la claridad de la exposición refleja la amplia experiencia como docente de la autora, de la que se han beneficiado muchas generaciones de la facultad de Economía.

Suele afirmar con frecuencia que México es un país de muchas historias. En forma similar podemos referirnos a la trayectoria de Toribio Esquivel Obregón como una vida de muchas historias. Liberal, positivista, profesor, abogado, agricultor, munícipe, aspirante a la gubernatura de Guanajuato, opositor, precandidato a vicepresidente, mediador, secretario de Hacienda, exiliado, articulista, marginado, son todas facetas relacionadas con la trayectoria vital de Esquivel Obregón. Para presentarnos los rasgos de cada una de ellas y examinar su interacción Mónica Blanco divide su libro en ocho capítulos, en un recorrido cronológico pero con una conexión temática clara en cada uno. El primero expone el contexto familiar y social del que proviene Esquivel Obregón y su formación escolar. Las divisiones entre el catolicismo familiar

y el liberalismo positivista serán marcas indelebles que aparezcan siempre en su biografía. El segundo capítulo da cuenta de los avatares de un joven positivista en una sociedad profundamente católica de provincia como la de León y frente a los intentos del poder político de buscar una reconciliación con la iglesia católica. Blanco da cuenta de cómo Esquivel Obregón se convierte en un opositor abierto a la Iglesia católica aunque mantiene afinidad con el régimen de Díaz. El tercer capítulo nos presenta a un abogado cuya actividad profesional lo lleva a consolidar su estatus de miembro de los grupos intermedios. Sus labores dentro de la abogacía se complementaron con incursiones en la política local como munícipe de León y empresario agrícola en la hacienda de Aramútaró. Su desembocadura en el antirreleccionismo abre el cuarto capítulo. La inconformidad con el régimen de Díaz se extiende entre los profesionistas y clases medias del país porque su reclamo de mayores libertades políticas era ignorado con las sucesivas elecciones de Díaz. Más aún, son las voces críticas que han dejado de aceptar incondicionalmente las acciones públicas. Los cuestionamientos a la política económica formuladas por el poderosísimo ministro Limantour fueron la punta de lanza que abrió el camino a Esquivel Obregón en la opinión pública nacional. De ahí que la adhesión al movimiento encabezado por Madero resulta natural y su papel protagónico alcanza su cenit en abril de 1910 con su inscripción como candidato a la vicepresidencia en una fórmula con Madero como presidente. Esquivel Obregón sabía perder y también alejarse. La autora nos brinda una clara descripción de sus afanes de triunfo dentro del antirreleccionismo y con ello nos deja ver la complejidad de las decisiones políticas de su biografiado.

Los capítulos quinto y sexto profundizan en temáticas por las que la historiografía de la revolución mexicana ha prestado atención a Esquivel Obregón. La diferencia es que Mónica Blanco logra revelarnos una perspectiva desde las ideas y motivaciones de

un miembro de la clase media alarmado por la violencia y la ruptura del orden. En mi opinión, en estos capítulos gravita uno de los aportes más destacados de la autora, pues atiende con maestría el contexto político y social al exponer una densa red de acciones y reacciones en la que la agencia histórica es determinante. En Ciudad Juárez, Toribio Esquivel intentó negociar la paz y mantuvo una posición más firme que la titubeante de Madero o los impulsos radicales de sus generales. Aceptó convertirse en secretario de Hacienda y rechazó ser el títere de los felicistas o del propio Huerta. Tomó las riendas de un erario en quiebra, lo que requería restaurar la salud de la hacienda pública en el corto plazo. En su gestión de menos de seis meses elaboró la iniciativa de ley de ingresos y presupuestos de 1913-1914 así como dio seguimiento a los esfuerzos por contratar nuevos empréstitos en las mejores condiciones pese a una cada vez mayor oposición al gobierno de Huerta y la creciente desconfianza en los círculos financieros internacionales. No obstante la difícil coyuntura, desde la Secretaría de Hacienda puso en marcha acciones de mediano y largo plazo. En el análisis de la autora aparecen junto a Esquivel Obregón toda una constelación de personajes que confrontan las explicaciones fáciles del triunfo maderista, su gobierno o el cuartelazo y la dictadura de Huerta.

El séptimo capítulo retrata a un exiliado en Nueva York. Siempre atento al devenir de los acontecimientos en México y con la firme convicción de regresar a la patria, Esquivel Obregón trató de defenderse de los ataques que lo inculpaban como uno de los responsables del asesinato de Madero y Pino Suárez. Con la misma profundidad que en el resto de los capítulos, la autora estudia las redes de políticos exiliados y nos deja ver a un Esquivel Obregón que no cesa de pensar en la política mexicana, pero sobre todo en los cambios que requiere el país para implantar un capitalismo moderno basado en los principios liberales decimonónicos. Para concluir, y tal vez sea el capítulo menos acabado, nos muestra a un

Esquivel Obregón de regreso a México. Hombre maduro, profesionalista con prestigio entre los círculos empresariales y profesor universitario de derecho, será el opositor a una nueva iglesia, la del Estado posrevolucionario.

Como todo buen libro, las preguntas y líneas de investigación abundan. Grupos intermedios, opositores –a Díaz, a Madero, al régimen posrevolucionario–, recepción del positivismo en espacios concretos, entre muchos otros son temas que se desprenden de *Historia de una utopía*. En este sentido, la biografía de Toribio Esquivel Obregón finca un primer eslabón para mejorar nuestra comprensión de los actores políticos e intelectuales desde el porfirato hasta las primeras décadas del siglo XIX.

Quiero ahora referirme a lo que me hubiera gustado encontrar más ampliamente desarrollado en esta obra. Me faltó una explicación de la autora sobre por qué carecemos casi por completo de biografías o de historias que narren su actuar político y social, y no sólo de la revolución sino también de otros contextos históricos como la independencia o la reforma. Asimismo, por los rasgos del biografiado y sus repetidos fracasos políticos, comparar su trayectoria con la de otros habría arrojado mayor luz sobre sus decisiones, a veces incomprensibles. Por ejemplo, si se hubiera convertido en gobernador de Guanajuato a finales del porfirato o durante el maderismo, si hubiera rechazado la cartera de Hacienda, si hubiera buscado un acercamiento con Calles y su proyecto de modernización agrícola. Todo esto no con la intención de hacer ficción histórica sino para buscar a otros personajes cuyas trayectorias se entrecruzaron en algún momento con la de Esquivel Obregón.

Para concluir, en el difícil género de la biografía *Historia de una utopía* es un ejemplo de los avances historiográficos de las décadas recientes. Estoy convencida de que se convertirá en un referente indispensable para los estudiosos de la vida mexicana entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Su autora ha lo-

grado ofrecernos un libro de ágil lectura, de impecable organización y de análisis puntual de una vida con múltiples dimensiones.

Graciela Márquez
El Colegio de México

LAURA GIRAUDO y JUAN MARTÍN-SÁNCHEZ (eds.), *La ambivalente historia del indigenismo. Campo interamericano y trayectorias nacionales, 1940-1970*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2011, 295 pp. ISBN 978-9972-51-315-2

En la Introducción a este volumen compilatorio sobre la temática del indigenismo, “Acotando el indigenismo en su historia”, Laura Giraudo y Juan Martín-Sánchez comienzan señalando las fronteras temporales entre las que se situarán las contribuciones de los diversos autores: las declaraciones de Pátzcuaro, 1940, y las de Barbados, 1971. Afirman Giraudo y Martín-Sánchez que la tradicional opinión de que el indigenismo logró pobres objetivos teniendo en cuenta sus objetivos declarados, aunque abundantes considerando que los indigenistas lograron instaurar normas y medidas políticas duraderas –que fue “un fracaso para los indígenas y un éxito para los indigenistas–, es sólo una verdad a medias, ya que constituye una opinión que hace homogénea una realidad sumamente heterogénea, cambiante: los más de 30 años de desarrollo del indigenismo clásico. De esta manera, en los inicios, en 1940, muchos de los rasgos que hoy consideramos característicos del indigenismo todavía no habían hecho acto de aparición, siendo este ideario en aquellos primeros tiempos sorprendentemente abierto y plural. Por otro lado, el indigenismo, que por parte de muchos de sus críticos se ha descrito como una gran fuerza política de los estados nacionales latinoamericanos